

El "terrorismo" en su momento

La izquierda marxista vuelve a ser sometida a una fuerte campaña de persecución y hostigamiento. Esta vez los blancos elegidos son el Partido Socialista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). El fortalecimiento de las posiciones del MIR, a cuyo futuro muy pocos apostaron en un comienzo, echa fuera del baúl de la utilería política los viejos conceptos de "defensa de la democracia", con que se encubren oscuras represiones. El gobierno acusa al Partido Socialista de instigador de "una ola de terrorismo". Pero, ¿de qué se habla? De siete bombas caseras, que sugestivamente estallaron, algunas, en los símbolos más reaccionarios del momento.

PF, con el fin de aclarar, una vez más, posiciones dentro de la izquierda, entrevistó a Adonis Sepúlveda, secretario general de organización del Partido Socialista, señalado en la vida interna de esa colectividad como un vocero de la corriente revolucionaria.

—¿Cuál es su juicio sobre el terrorismo?

—Responder a esta pregunta escuetamente, en los mismos términos que se formula, puede conducir a serios errores conceptuales o doctrinarios. Es lo mismo que si me preguntaran qué opino sobre la guerra; diría que soy enemigo de la guerra; sin embargo tendría que aclarar que hay guerras justas que los revolucionarios llevan adelante con todos sus medios, como son, por ejemplo, las de liberación. Por eso, la consulta sobre el terrorismo debe responderse en relación a los procesos sociales actuales y no abstractamente, como una noción dada para todas las circunstancias.

Desde luego, es efectivo que los partidos marxistas, especialmente sus teóricos máximos, dieron una dura batalla ideológica contra el terrorismo, concebido como método

que suplanta la lucha revolucionaria de las masas por el atentado contra individualidades o representantes odiosos de las clases dominantes. Hacer volar una testa coronada o a un tiranuelo, no resuelve la conquista del poder ni el desplazamiento de la clase gobernante. Sólo cuando el terrorismo deja de ser un hecho aislado o individual y forma parte de un proceso insurreccional, adquiere legitimidad metodológica para los partidos de la clase obrera.

CUANDO NO VALEN PADRONES TEORICOS

Pero en los periodos de crisis económica social como el que afronta América Latina, en condiciones de insurgencia revolucionaria de los pueblos avasallados brutalmente por el imperialismo y sus lacayos nacionales, nadie puede exigirles a las nuevas generaciones que se atengan a padrones teóricos, menos cuando las fuerzas reaccionarias emplean, con crudeza científica, el terrorismo y la violencia.

No son los vietnamitas los que han llevado el terrorismo a Estados Unidos, sino los norteamericanos los que asesinan, quemar vivos mujeres y niños, y arrasan pueblos enteros. El terrorismo lo llevaron los yanquis a Santo Domingo, sembrando horror y muerte e impidiendo que un pueblo encontrara solución a sus problemas. Podríamos seguir con ejemplos que, desgraciadamente, sobran. Pero ni siquiera está allí el fondo del problema. La cuestión está en la esencia del régimen capitalista, que se fundamenta en la violencia, en la explotación de una clase sobre otra. La burguesía llegó al poder por el terror y la violencia, y se mantiene en él por la fuerza. La diferencia está en que su terrorismo lo ha legalizado, lo ha convertido en "derecho" y consagrado en sus leyes y constituciones. El revolucionario que grita y denuncia la injusticia social va "legalmente" a la cárcel; los órganos de prensa de la reacción injurian, difaman, deforman la conciencia social, encubren la violencia represiva de los aparatos del Estado burgués, incitan y apoyan los cuartelazos, justifican

toda intervención antiobrera; en fin, se prestan consciente o venalmente para cubrir toda clase de crímenes antiobreros, y esto no es terror ni violencia.

—¿Dónde diferencia usted la violencia del terrorismo?

—Lo fundamental es comprender que el marxismo es una concepción revolucionaria, teórico-práctica, que ha analizado las características del sistema capitalista en particular, y que como método de interpretación de los fenómenos sociales, ha resuelto la forma cómo se producen los grandes cambios en la humanidad. La esencia del marxismo es su concepción de la lucha de clases, es decir, el antagonismo entre las clases que detentan el poder y aquellas que pugnan por liberarse de ese dominio. Esta lucha se ha resuelto por la violencia. Basta mirar los pasos de la historia. No fue pacíficamente como se marchó de la esclavitud al feudalismo y de éste a las formas capitalistas que aún imperan en gran parte del mundo.

En estos cambios sociales, si alguna clase ha dado demostraciones de una utilización bárbara de la violencia, ha sido justamente la burguesía, y, paradójicamente, esta "racionalista" burguesía fundamentaba la necesidad del cambio social en las más altas nociones idealistas: libertad, fraternidad e igualdad. Fue en nombre de esa trilogía que la burguesía francesa arrasó sangrientamente con toda la nobleza de ese país. ¿Fueron por esto los grandes filósofos enciclopedistas del siglo 18 "autores intelectuales" del terrorismo social implantado por los cultos y racionalistas burgueses de Francia?

Nosotros justificamos esa violencia como una necesidad social, porque ella deviene no del deseo de las clases progresistas de ser violentas en sí, sino por la resistencia de las castas conservadoras en su intento de detener el avance social. Son estas clases, entonces, las que van desarrollando el "clima" de la violencia, en la medida en que se agudiza la pugna por el poder. ¿Cuándo han permitido legítimamente, o dicho de otra manera "democráticamente", que se les quite su poder po-

lítico-económico? Basta responder con toda la historia de los cuartelazos incontables de América Latina, que han sido motivados no ya por un cambio social, sino por el simple carácter "progresista" de algunas medidas que han intentado impulsar algunos gobiernos. La violencia de estas oligarquías está estigmatizada en la historia por el justo apelativo de "gorillaje", como expresión del zarzapazo brutal contra todo intento de cambio o modificación del status.

LO QUE NO SE JUSTIFICA

Ahora bien, el terrorismo del cual nos responsabilizan a los socialistas en estos momentos, es decir, la acción de colocar una bomba casera en la sede del Partido Demócrata Cristiano, o en la casa del "marqués" Bulnes, ese terrorismo no lo justificamos como método de lucha. No porque nos interese cuidar la estabilidad del edificio demócrata-cristiano, ni la tranquilidad de Francisco Bulnes, sino porque ello no es parte de un proceso de lucha que implique la necesidad de medidas contra instituciones y personas en la actualidad. Una acción terrorista que no forma parte de un proceso revolucionario que incluye la violencia (entendida ésta en sus distintas formas, tales como una insurrección armada, lucha de guerrillas o cualquier otra forma que haga necesaria la lucha armada), no es para nosotros sino el producto de una actitud desesperada, que puede traer efectos contraproducentes para el enfrentamiento de conjunto de la clase obrera contra el orden establecido. Consideramos que el terrorismo individual implica la acción de una sola persona o de un pequeñísimo grupo contra todo un sistema. Es decir, en este acto desesperado hay una correlación de fuerzas desfavorables para quienes intentan estas medidas. Sin embargo, ese aislado y desesperado hecho terrorista, en otras circunstancias, es decir, en circunstancias de lucha revolucionaria generalizada, puede ser totalmente justo y necesario.

—¿Y no podría ser este el comienzo de ese proceso revo-

lucionario al cual se refiere usted?

—Indudablemente no. La iniciación de un proceso por la conquista del poder, en ningún momento podría partir por la colocación de algunos guatapiques. Por el carácter científico que el marxismo tiene, por la responsabilidad histórica de los partidos de vanguardia, éstos no pueden jugar a la insurrección. Son necesarias e indispensables determinadas condiciones objetivas y subjetivas para colocar a la orden del día la lucha por la conquista del poder.

Históricamente, están dadas las condiciones objetivas para esa conquista del poder. Con esto quiero decir que nuestro sistema capitalista, pese a su retraso, y por esto mismo, ha llegado ya a su descomposición, y es incapaz de resolver los problemas de las clases explotadas del país. No obstante, el poder de resistencia de la clase dominante es aún inmenso, y lo es más en la medida en que su fuerza proviene de la intromisión en nuestras estructuras económicas del imperialismo norteamericano, convertido en el gendarme del status en todo el continente. Por eso, entonces, no se trata sólo de la madurez de las condiciones objetivas en general, sino de saber si concretamente en nuestro país se ha llegado a una situación de crisis de tal orden, que las clases poseedoras estén en el máximo del marasmo y, por otro lado, la insurgencia de los trabajadores y su combatividad alcancen su cúspide. Sólo entonces, y sobre la base de la existencia de una vanguardia revolucionaria dispuesta a conducir a las masas a la lucha, podríamos decir que es necesario lanzarnos concretamente a la conquista revolucionaria del poder.

—Pero hay quienes piensan que un mayor empuje de la vanguardia podría apresurar la revolución en Chile...

—Es posible que así sea. Nadie puede decir que posee la verdad absoluta. Pero en todo caso, ese empuje en ningún momento podría significar que se empieza colocando bombas caseras en la casa del señor Bulnes. Ahora bien, si los análisis de la situación,



ADONIS SEPULVEDA: los métodos revolucionarios.

mañana, nos indican que hay que dinamizar el proceso recurriendo a la violencia organizada, no trepidaremos en estudiar las fórmulas de desartrollarla.

AUGUSTO CARMONA

"Las grandes revoluciones, aunque hayan comenzado en forma pacífica, como la gran revolución francesa, acaban en guerras encarnizadas, desatadas por la burguesía contrarrevolucionaria. Y no puede ser de otro modo, si enfocamos el problema desde el punto de vista de la lucha de clases y no desde el punto de vista de la fraseología filisteá sobre la libertad, la igualdad, la democracia del trabajo y la voluntad de la mayoría, de esa estúpida fraseología filisteá con que nos obsequian los mencheviques, los eseristas y todos esos "demócratas". No puede haber evolución pacífica hacia el socialismo".

V. I. LENIN

(6-19 de mayo de 1919. Obras Completas, tomo 29, página 356).